

Los laberintos (literarios) de la fe

Ignacio Solares

Vicente Leñero estudió con religiosos lasallistas, luego siguió la carrera de ingeniería civil en la UNAM y periodismo en la escuela Carlos Septién García, circunstancias todas éstas que marcarían su vocación literaria tanto en la forma como en el fondo, en los temas elegidos como en las estructuras con que ha realizado sus trabajos. Leñero ha permanecido fiel al estudiante que fue, pero sólo desde y a partir de la vocación que lo ha marcado. Porque la literatura es una pasión y la pasión es excluyente. Extraña, paradójica condición la del escritor. Su privilegio es la libertad, el derecho a verlo, oírlo, averiguarlo todo. ¿Para qué? Para alimentar al demonio interior que lo posee, que se nutre de sus actos, de sus experiencias y de sus sueños. Cuando Leñero estudiaba con los lasallistas o en las aulas de la facultad de ingeniería, no suponía quizá que absorbía hechos, ideas e impresiones que transformaría luego en su singular concepto de la literatura. Porque para él, como para cualquier otro escritor que de veras lo sea, más importante que vivir es escribir. Años después le sucedería algo parecido con su estancia en el periódico *Excelsior* y que daría lugar a uno de sus mejores libros: *Los periodistas*, de 1978, a raíz de la salida de Julio Scherer.

“Las cosas no son como las vivimos sino como las recordamos”, decía Valle-Inclán. Habría que agregar: las cosas no son como las vivimos sino como las leemos. La historia del inconcebible golpe al periódico más influyente de la época no es aquella que en apariencia ganó Luis Echeverría, sino la que perdió —y en qué forma— en el libro de Leñero.

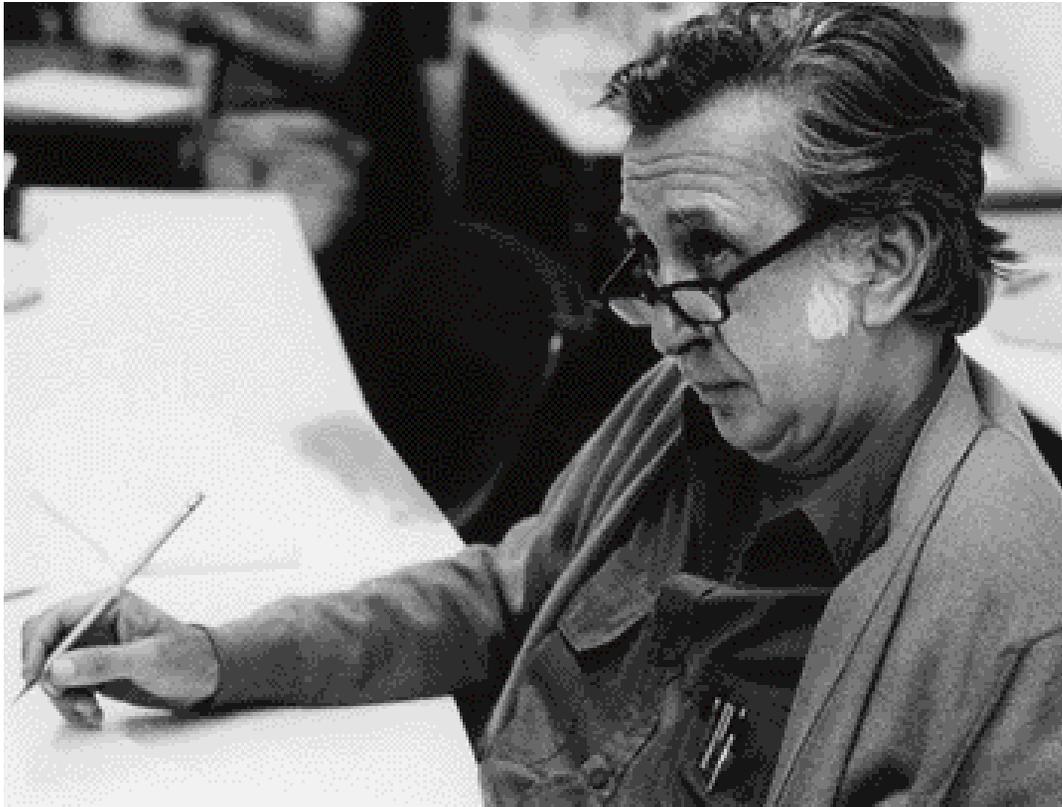
Del microcosmos de la vida familiar, Leñero ha extraído obras de teatro y novelas: *La mudanza*, *La visita del ángel*, *Pelearán diez rounds*, *Qué pronto se hizo tarde*, *La gota de agua*. De su trabajo en la televisión, una nove-

la: *Estudio Q*, y una obra de teatro: *La carpa*. De su acercamiento a la historia, las obras *El juicio*, *El martirio de Morelos*, *La noche de He mán Cortés*. De su interés por la vida religiosa, otra novela y otra puesta en escena: *Redil de ovejas* y *Pueblo rechazada*. De su experiencia periodística: *Nadie sabe nada* y la novela *Aesinata*, además de reportajes que reunió en dos libros: *La zona rosa* y *El derecho de llorar*, antológicos sobre el México de los sesenta.

En pocas obras de escritores mexicanos se advierte tanto como en la de Leñero la propensión totalizadora que anida en el mejor género de ficción, esa voracidad con que pretende tragarse el mundo, la historia presente y pasada, las más grotescas experiencias del circo humano, las voces más contradictorias, y transmutarlas en literatura. Ese apetito descomunal de contarlo y oírlo todo, de abrazar la vida entera en una fina narración o en un valiente testimonio periodístico, tan infrecuentes en un medio donde más bien imperan el susurro y la timidez.

Leñero empezó en un género al que acaba de regresar: el cuento. En 1959 publicó *La polvareda*, de marcada influencia rulfiana. Dos años más tarde apareció su primera novela: *La voz adolorida*, que tiempo después reescribió con el título de *A fuerza de palabras*, y en la que abordó uno de los temas más frecuentes en su literatura: la confesión, lo que es decir la posibilidad de redención a partir de la palabra (dicha o escrita, en un libro o en un escenario teatral).

Pero fue con la publicación de *Los albañiles* (Premio Seix-Barral, 1963) que empezó en realidad su carrera literaria y abrió una nueva brecha en las letras mexicanas. Para que una gran obra de ficción lo sea, debe añadir al mundo, a la vida, algo que antes no existía, que sólo a partir de



ella y gracias a ella formará parte de eso que llamamos realidad, tanto diurna como onírica. En *Los albañiles*, su autor da carta de ciudadanía pública a personajes que carecían de voz en el mundo de la ficción, pero que además —y esto es lo más importante— se inscribieron en una temática casi inédita en nuestras letras: la novela católica, que se ha dado en llamar. Hasta antes de Leñero, el género tenía entre nosotros y en ese tiempo a autores de poco brillo —Alfonso Junco o Ema Godoy—, incapaces de inscribirlo en una literatura de alta calidad que le diera validez. El logro primero de Leñero, nos parece, fue ahondar en el tema del mal, con todo el desgarramiento y crudeza que conlleva, más que en las pinturas apologéticas de la novelística piadosa, a las que son tan propensos los creyentes. En *Los albañiles*, los lectores mexicanos encontraban aquello a lo que un Graham Greene en Inglaterra o un Bernanos en Francia podían apuntar en sus libros: la presencia del mal entre los hombres, un tema que sistemáticamente se ha intentado esquivar a lo largo de este siglo, enmascarándolo con los argumentos de la ciencia, de la política, de la psicología e, incluso, de la metafísica. Pero el mal puede ser también una presencia real, física, biológica —que duele, que se palpa— y nadie como algunos novelistas lo han logrado corporificar en sus libros.

El lector atento de *Los albañiles* vislumbra que más allá del drama aparente, se desarrolla otro. Una especie de contrapunto oculto da extraña resonancia a los gestos

más insignificantes, a las menores palabras, a los constantes interrogatorios. Se percibe enseguida que la atmósfera está habitada por otra presencia (otra Presencia). De un intrincado planteamiento policiaco, la novela salta a convertirse en un problema teológico sobre la culpa y la búsqueda de la verdad. ¿Quién mató a don Jesús, el viejo velador borracho y epiléptico? Todos tenían razones para hacerlo. Al final del libro, el lector involuntario siente correr culebritas por la espalda: faltaba él como protagonista del libro, no necesita sino interrogarse con sinceridad a sí mismo.

Después de *Los albañiles*, *La vida que se va*, me parece la novela más lograda de Leñero, aunque guardo un muy buen recuerdo de *Estudio Q*, en donde una pareja de actores de televisión se rebelaba al guión que el director-Dios quería imponerles desde lo alto de su cabina. Porque, curiosamente, los personajes de Leñero nunca están muy seguros de sus creencias y en ocasiones su fe más nos parece una pesada carga de la que quieren desprenderse que un alivio espiritual, sosegador. Baste recordar al personaje de *El garabato* que en las últimas líneas de la novela concluía que lo más probable es que Cristo no hubiera sido Dios, con todo el desencanto que ello implica para un católico.

Precisamente, el tema de la novela con la que Leñero regresó al género después de varios años, *La vida que se va* es, de nuevo, la rebeldía ante un destino —ante un solo destino— aunque aquí la protagonista, Norma



Vicente Leñero y Julio Scherer, 2005

Andrade, huye con la pura imaginación del guión (o pre-guión) que podría querer dictarle ese director-Dios invisible, autocrático y opresivo, que obsesiona al autor. Norma ejerce su libre albedrío reescribiendo el guión una y otra vez, una y otra vez, creando vida a partir de nada, porque le da la gana de cambiarlo todo, de mover las piezas del tablero de ajedrez a su antojo y según su estado de ánimo, usurpando el papel de Dios, enmendándole la plana, haciéndola de demiurgo, a ver quién se lo impide, total. Así se lo dice a su entrevistador:

- A veces pienso que me está usted tomando el pelo, señora.
- Sí, eso puede ser. Puede ser que te engañe...
- ¿Por qué razón?
- Por el gusto de engañarte, nada más.

Por el gusto de engañar, de crear vida donde no la había, donde no podía haberla, ¿puede haber mejor reto (literario) ante las fuerzas programáticas de lo alto?

¿Pe ro entonces, quién es Norma Andrade realmente? ¿A cuál de todas ellas podría aplicársele el juicio divino, si es que lo hay? Vaya lío para Dios (y para el

lector, claro). Sí, en efecto, como decíamos “las cosas no son como las vivimos sino como las recordamos”, Norma Andrade se nos fugó dentro de su propia memoria alucinante, como Alicia a través del espejo, y ya no hay manera de atraparla, acusarla de algo concreto o, como querrían los psicólogos, estructurarla una personalidad y hacerle un diagnóstico. Ni siquiera queda el fácil recurso de colocarle la etiqueta de la locura. Norma es mucho más (o mucho menos, para el caso es lo mismo) que una mujer loca, y por eso le creemos todo cuanto nos narra a través del periodista Mendietta, especie de confesor que recibe sus palabras finales. Porque al margen de su carácter lúdico, o quizá gracias a él, confesiones como las de Norma atestiguan que a toda vida desbocada, plenamente vivida, sobrevive una angustiada necesidad de *rendir cuentas*. Hacer un resumen y mirarse por fin en él, como en un espejo convexo. El problema empieza cuando, en apariencia, no hay una culpa que purgar porque no hay un sujeto de carne y hueso que haya realizado los hechos: esas culpas son, todas ellas, las de la imaginación, las de la mentira, las del ensueño, las de la ficción, las de la literatura, y por eso mismo resultan de lo más creíbles y razonables. Casi diríamos que Norma no sólo no está loca, sino que es en exceso razonable y coherente, de ahí también el símil de su compleja vida (irreal) con un juego de ajedrez, en donde cada decisión tomada por ella mueve una pieza del tablero.

Por creer que la vida es como la imaginamos, Norma Andrade vive mil vidas fuera de la realidad y, también aparentemente, al final se pierde dentro del mar de sus propias mentiras. ¿La condenamos por esa culpa? Al contrario. Sus intentos por vivir la ficción a plenitud nos parece una actitud idealista y hasta religiosa, en el mejor sentido del término, porque querer ser más de lo que uno es ha sido la aspiración humana por excelencia. De alguna manera, nos condenamos o nos salvamos, siempre, por un exceso de imaginación.

Esa imaginación plena y trágicamente humana, que nos cuenta Leñero en esta hermosa novela, que se inscribe por derecho propio en un lugar preponderante en su vasta obra narrativa. **U**

Ese apetito descomunal de contarle y oírlo todo, de abrazar la vida entera en una fina narración o en un valiente testimonio periodístico, tan infrecuentes en un medio donde más bien imperan el susurro y la timidez.